

### PARTE III.

#### MÉTODO.

---

#### CAPÍTULO I.

##### LECTURA.

141. Teoría de la lectura.—El procedimiento de aprender á leer debe considerarse como aquel por el cual aprendemos á reconocer en signos escritos las palabras que nos son familiares en el lenguaje hablado, de manera que por la retención de aquellas, no sólo conservemos el recuerdo de sus formas y sonidos, sino sus acepciones, lo cual constituye su más fuerte é interesante asociación.

El conocimiento de esta teoría requiere la observación de las condiciones siguientes: 1<sup>a</sup>. El alumno no debe empezar á leer hasta que haya adelantado considerablemente en el lenguaje hablado, tanto en el conocimiento de su vocabulario, como en la facultad de enunciar los sonidos. La imitación, y la práctica en el círculo de la familia, le habrán enseñado los nombres de los objetos más comunes y sus cualidades, y habrán acostumbrado los órganos de su voz á pronunciar todos aquellos sonidos que son elementales, y cuya enseñanza forma parte del procedimiento de enseñar á leer, extrínsecamente considerado, aunque no hay para qué decir que

deben corregirse los defectos de pronunciación que se observen. Si el círculo de la familia descuida prestar estos conocimientos, el defecto debe suplirse, hasta donde sea posible, con las lecciones de conversación del maestro; y cuanto más pequeño sea el niño al empezar á asistir á la escuela, más largo debe ser el período dedicado á estas lecciones, antes de comenzar la tarea de enseñarle á leer. 2°. Las primeras lecciones de lectura deben versar sobre objetos y hechos materiales, de modo que el conocimiento de ellos le facilite la adquisición de las palabras, y éstas, en sí mismas, deben ser de una clase cuyo uso le sea familiar. 3°. Dichas lecciones deben constar al principio, de sentencias. De estas se compone, en general, el lenguaje hablado, y sólo en ellas existe para él un motivo de comprensión. Las palabras ó frases sueltas no constituyen una buena lección; y, mucho menos, partes de palabras sin significado alguno. 4°. Las lecciones de lectura deben ser siempre precedidas de una corta conversación entre el maestro y el discípulo, para dar á éste una idea del objeto, presentarle las principales palabras con que ha de tropezar, y, especialmente, fijar su atención en aquellas que puedan ser nuevas para él. Es preferible formar esta parte del vocabulario, antes de que las encuentre en la lectura, que simplemente explicárselas luego que las haya hallado.

Al considerar los varios métodos que existen para enseñar á leer, el maestro debe tener en cuenta que su propia disposición ejerce más influencia en el progreso del alumno, que la bondad de aquéllos. Esto es indudable en todos los grados de la enseñanza, y en todas las materias; pero especialmente cuando el niño es de tan tierna edad, que se halla recibiendo su primera instrucción técnica. La tolerancia con las faltas de la ni-

ñez, y el tacto en el manejo de sus tendencias, son circunstancias indispensables en el maestro que desea obtener un buen éxito en este departamento de la instrucción, y que compensarán ampliamente cualquiera defecto en el método, constituyendo ellas sólo el mejor de todos. Esta consideración es la que generalmente explica los diferentes éxitos que se obtienen en la enseñanza elemental de la lectura.

Las cualidades que constituyen el leer bien, puede decirse que son dos: inteligencia, y expresión. La lectura es inteligente cuando se hace de modo que no haya lugar á duda respecto al sentido del pasaje leído; y es expresiva, cuando el tono de la voz se adapta á aquel sentido.

Los principales elementos de una expresiva lectura son los siguientes: 1°. *Pureza de pronunciación*, que consiste en dar á los signos del lenguaje su verdadero sonido. 2°. *Claridad de pronunciación*, que es aquella cualidad en virtud de la cual, se oye todo el sonido de cada palabra ó frase. Suele á veces ser confundida con el tono más elevado ó más bajo en que se lee, pero una buena pronunciación debe distinguirse en cualquiera tono, y con cualquiera velocidad con que se lea. 3°. *Exactitud en la acentuación*, que consiste en dar á las partes de cada palabra la adecuada fuerza relativa de sonido. 4°. *Énfasis*, que consiste en usar de la conveniente fuerza de pronunciación para demostrar el efecto del contraste de las palabras en una sentencia. 5°. *Tranquilidad y reflexión en la lectura*, de modo que el que escuche pueda seguir con facilidad la ilación de lo que se está leyendo. 6°. *Acertado diapason*, que es indispensable para que el lector ejerza el dominio de su voz en la expresión. Necesita subir y bajar el tono para expresar las diversas emociones, y esto no lo podrá con-

seguir si comienza en uno extremadamente elevado, ó extremadamente bajo. Cada voz tiene su tono medio, peculiar, que es el que debe emplearse en la lectura de simples narraciones, y el lector debe conocer el suyo, y saber usarlo á su voluntad. 7°. *Modulación*, que incluye la inflexión, y que se refiere al empleo de la voz, más alta ó más baja en determinadas palabras, según estas sean afirmativas, interrogativas, optativas, etc.; ó, la modulación propiamente dicha, que consiste en el cambio de tonos para expresar diversos sentimientos. La modulación, en ambas aplicaciones, es un don natural, lo mismo que el de la palabra. Si nos dirigimos á alguien con ira, sorpresa, dolor, ó alegría, demostraremos estas afecciones en el tono de nuestra voz; y no podremos describir el incidente más común, hacer una afirmación ó una pregunta, ó expresar un mandato, sin hacer uso del tono que es adecuado á la expresión. Igual variedad es necesaria en la lectura. 8°. *Fluidez, ó facilidad*, que es aquella carencia de duda ó tartamudeo, que indica una pronta percepción del sentido de lo que se está leyendo, y familiaridad del ojo con las formas de las palabras.

Instrucción, imitación, y práctica, son las cualidades que contribuyen á formar un buen lector.

1°. *La pureza de pronunciación* se obtiene, perseverando en corregir todos aquellos sonidos que son alterados por el alumno, así cuando lee como cuando habla. Se notará que esta alteración proviene generalmente del uso de provincialismos ó localismos, en cuyo caso su corrección es más difícil, por la forma en que han sido impresos en la mente. Si un alumno incurre en un particular error, que haya llegado á hacerse inveterado, como el cambio del sonido de dos consonantes, la *l* con la *r*, la *c* y la *z* con la *s*, etc., debe dársele, de cuando en cuando, ins-

trucción privada sobre el particular. 2°. *La falta de claridad en la pronunciación*, es un hábito de tal naturaleza, que requiere que el maestro procure evitarlo, tanto como corregirlo, toda vez que, generalmente, se contrae por descuido en el curso de las primeras lecciones, y es muy difícil de extirpar cuando ha llegado á arraigarse. Su corrección en los primeros pasos de su progreso, contribuirá mucho á evitarlo, si el maestro insiste firmemente en exigir dicha corrección. Á un alumno que lea confusamente se le debe obligar á que lo haga algunas veces con una ligera pausa entre las palabras de una frase, y aun entre las sílabas de una palabra, lo cual, continuado por algún tiempo, corregirá el hábito de tocar sólo ligeramente los sonidos, que es en lo que consiste la falta de claridad. 3°. *La exactitud en la acentuación*, distinta de la claridad en la pronunciación, se obtiene con más facilidad, puesto que sólo depende de que el discípulo se fije en los acentos con que están marcadas las vocales que deben estarlo, y en las claras reglas que rigen para las que no lo están. 4°. El *énfasis* depende enteramente de la percepción, por parte del lector, del sentido del pasaje que está leyendo. 5°. Otro tanto puede decirse de la *reflexión*. Para dar sentido á lo que se lee, es necesario hacer ciertas pausas, distintas de las gramaticales que se hallan expresadas, y ciertas inflexiones de voz, sin las que se destruye todo el efecto de la lectura. 6°. y 7°. El *acertado diapason*, y la *modulación*, pueden considerarse unidos; el primero denota el tono en que leemos, y la segunda, las variaciones que hacemos de la voz en aquel tono. La dificultad de enseñar á los niños una buena modulación, varía según las circunstancias sociales de éstos. Los de las escuelas de las clases elevadas la adquieren con relativa facilidad, porque puede decirse que la han adquirido ya, en la con-

versación familiar en sus casas, y en los modales que han aprendido para expresarse; pero los de las escuelas públicas, carecen, por lo general, de ambas ayudas. El maestro, sólo hallará los medios efectivos de enseñarles una buena modulación en la lectura, en los mismos con que la adquieren los de las clases elevadas. Debe sostener con ellos conversaciones acerca de las materias de las lecciones, con lo cual conseguirá que se acostumbren á hablar con soltura, y, por consiguiente, con la modulación más adecuada al buen lenguaje. La esencia de toda la instrucción en este particular, se reduce á que procuren leer "con naturalidad," esto es, que expresen los sentimientos del pasaje en el mismo tono que emplearían si aquellos sentimientos fueran los suyos propios; y no hay otro medio de hacerles comprender esta materia. Si no pueden modular convenientemente su voz en la conversación, nunca lo harán en la lectura. Sólo las clases de los niños más adelantados, que ya han aprendido la modulación por imitación, podrán recibir con provecho la enseñanza de la teoría de aquélla, cuando se les explique la lección de lectura. Puede llamárseles la atención hacia el sentido de ella, y hacia el estilo de expresión que es más adecuado á cada trozo, la relativa extensión de las pausas, y la razón de ellas, las palabras enfáticas, y el objeto del énfasis, y la cantidad de expresión requerida en todo un pasaje, ó en algunas partes de él. 8°. La *afluencia* no es materia de precepto: depende enteramente, como se verá más adelante, de la naturaleza de la práctica que el alumno adquiera.

La instrucción en el arte de leer comprende, además de la exposición de reglas, la corrección de errores. Estos pueden considerarse de dos clases: errores de pronunciación, que afectan el sonido particular de las palabras, y errores de expresión, que consisten en un

impropio grado de emisión, descuido del énfasis, ó falta de modulación. Los primeros prevalecen generalmente en las clases de los niños más pequeños, y los segundos en las de los más avanzados. Para que la corrección sea eficiente, necesita revestir dos caracteres: ser *completa* en su obra, y *vasta* en su alcance. 1°. Por *completa* en su obra se entiende, que debe hacerse de tal modo que haga dirigir la atención de toda la clase hacia los errores cometidos por cada alumno, imprimiendo en todos el conocimiento de los sonidos exactos. En las clases de los niños más pequeños, los errores deben ser corregidos en el momento en que se cometan, interrumpiendo al lector con este objeto, y continuando esta práctica mientras la clase no pueda leer narraciones con soltura. Con las clases avanzadas, es más conveniente dejar al lector concluir el período, sin interrumpirlo ni con palabras ni con signos. Estas interrupciones lo perturbarían, y contribuirían á aumentar los errores, impidiendo al mismo tiempo la observación de aquellos que son de un orden más elevado que los que sólo consisten en la mala pronunciación de determinadas palabras. Al hacer notar los errores, después que el alumno haya concluido la lectura, el maestro no debe hacerlo de manera que demuestre un espíritu capcioso, y un deseo de hallar faltas; no debe exagerar los errores que hayan sido cometidos, ni insistir en que los discípulos noten los que estén más allá de su facultad de observación; y, por de contado, debe desechar todo lo que sea falsas correcciones fundadas en conjeturas. Cuando se corrija un error, la corrección debe ser repetida por el alumno que lo cometió, y, en algunos casos, por la clase entera; y el maestro debe hacer uso de su propia discreción para determinar si los errores han sido de importancia suficiente para requerir la repetición de todo el período. 2°. La corrección debe

ser *vasta* en su alcance, esto es, no circunscrita á una clase de errores, sino extensiva á todos los aspectos de la lectura. El maestro, con frecuencia deja de observar con suficiente discernimiento el verdadero carácter de aquella, por la práctica, muy predominante, de no apreciarla sino con el libro en la mano. Si está mirando á lo que el alumno va leyendo, su crítica no puede ser tan sutil como si confía sólo al oído la observación del pasaje. Con las clases de los más pequeños, este procedimiento sería, indudablemente, demasiado riguroso; pero no así con los más adelantados, si se tiene en cuenta el objeto de la lectura. Hará bien, por lo tanto, en escuchar aquella á una razonable distancia del lector, y juzgar del carácter de ella por el grado de facilidad con que pueda seguirla.

Damos estas instrucciones en la suposición de que el maestro comprende su deber de *enseñar* á leer, pues muchos se limitan sólo á *oir* leer. Si un alumno comete faltas, y es obligado á repetir la lectura del pasaje una y otra vez, sin oír una palabra de instrucción, que le haga ver cuáles son los errores que ha cometido, y por qué se le obliga á repetir aquella lectura, el mal menos grave que podrá resultar de esta práctica será la pérdida del tiempo, pues sólo se confirmará en sus errores, por el mero hecho de repetirlos, y se hastiará de aquello, que considerará un ejercicio innecesario.

Es importante que el beneficio de la instrucción dada en la lectura, como en otras materias, á cada alumno individualmente, se extienda á toda la clase, resultado que con frecuencia halla obstáculos en el mal arreglo de la clase destinada á los ejercicios. Si todos los alumnos no pueden oír al que está leyendo, no pueden aprovechar la instrucción que se basa en aquella lectura. Todo arreglo que no permita esto, es malo, y sólo es adecuado el

que consiste en la colocación de los alumnos en cuadro, ó formando herradura. Es muy conveniente que toda clase ocupada en este ejercicio sea distraída lo menos posible por las inmediatas.

La adquisición de un buen estilo de leer depende principalmente de la imitación, lo mismo que tratándose del lenguaje. La perfección en uno lleva consigo inseparablemente la del otro. Si el niño adquiere un buen hábito en el lenguaje, puede asegurarse que su excelencia será reproducida en la lectura; y, por el contrario, si aquel hábito es malo, luchará con dificultades insuperables para llegar á ser un buen lector. Á fin de que se halle en circunstancias favorables para aprender á leer bien, es necesario que tenga ante sí un buen modelo, tanto de lenguaje, como de lectura.

El maestro, por lo tanto, debe usar un correcto estilo en todas sus relaciones con sus discípulos, tanto en las conversaciones privadas con ellos, como en las lecciones de todas clases, pues el tiempo de que puede disponer es demasiado corto para el hábito que trata de formar, especialmente si el lenguaje que aquellos oyen fuera de la escuela está lejos de ser un modelo de corrección. Las cualidades del lenguaje del maestro puede esperarse que en mayor ó menor grado se reproducirán en las del de los discípulos, y por consiguiente en su lectura, de manera que, cuando el lenguaje de aquél sea circunspecto y claro, el estilo de toda la clase de lectura rara vez será lo contrario; debiendo añadirse que, á la par que ofrezca su propio lenguaje como ejemplo, nunca ha de descuidar la corrección de todo aquello que la merezca.

Cuando haya explicado á sus alumnos cómo ha de ser leído un pasaje, ó cuando desee que lo lean mejor, deberá leerlo él mismo, de modo que aquéllos puedan observar sus modulaciones; y esto no debe ser casual,

sino repetido con mucha frecuencia. Es también de la mayor importancia que, de cuando en cuando, les lea alguna obra adecuada de interés general, lo cual constituye una práctica tan agradable como provechosa. Les proporcionará motivos para tratar de sobresalir en la lectura, pues les pondrá de manifiesto los placeres que aquella origina; les comunicará conocimientos generales, y les imprimirá el sentimiento de lo que es bueno y bello; les enseñará á prestar atención á un relato continuado, lo cual es inmediato en importancia á la lectura en sí misma; cuando ésta sea manejada con juicio, les elevará la inteligencia en general, y les fortalecerá el deseo de instruirse, y, con referencia á nuestro actual propósito, presentará constantemente ante ellos un ejemplo *aplicado*, como ellos lo han de aplicar en adelante para su propia instrucción, ó para la de los demás. Dos ó tres lecturas semanales, de esta naturaleza, elevarán el tono de la clase, de una manera notable. Estas consideraciones sugieren la de la gran importancia de que el maestro sea capaz de leer bien, y de que cuide mucho de cómo lo hacen sus ayudantes, ó maestros alumnos. En las escuelas con estos últimos la lectura *debe ser* el ejercicio mejor desempeñado.

**142. Práctica de la lectura.**—En la práctica es en lo que se basa principalmente, y en muchos casos exclusivamente, la forma de la lectura en las escuelas, hecho suficiente en sí mismo para hacer comprender lo imperfecto de los resultados que con frecuencia se obtienen. Donde no exista un buen modelo á que atenerse para la imitación, y donde haya poca ó ninguna instrucción en esta materia, lo más probable será que la práctica confirme lo mismo un buen estilo, que uno malo. Es también defecto común en las escuelas el no acostumbrar á los alumnos á una lectura seguida, sin consi-

derar que no es posible que sientan interés por una materia de cuya descripción sólo lean períodos sueltos. La lectura continua es la que han de practicar durante toda su vida, ya sea para instruirse ellos, ó para instruir á los demás. Sin embargo, al principio, para comunicarles el hábito de sostener la atención, y para que aprendan el dominio de la voz, deben practicar también la lectura de párrafos. Esto puede suceder, sólo en una medida moderada en la lección de lectura, y el maestro que tenga por costumbre leer á su clase, hallará fácilmente otras oportunidades para ello. Generalmente se incluye como parte de la lección de castellano, y casi siempre se considera como material de los ejercicios intelectuales de gramática, y de la explicación. Debe señalarse un tiempo especial en las rutinas diarias, en que sólo la lectura sea el objeto de la lección. De todas las materias, después de la instrucción moral, es la que reclama más preferente atención.

**143. Libros de lectura.**—La naturaleza de los libros usados en las escuelas ejerce una gran influencia para determinar si la práctica de la lectura ha de corresponder, ó no, á sus fines. Hablando en general, los que en la actualidad se usan son deficientes bajo dos aspectos: 1°. No están graduados convenientemente, y, por consecuencia, el alumno no adquiere suficiente práctica en ninguno de los grados de su progreso, pues está leyendo siempre con la mayor fuerza de dificultad de que es capaz, de manera que la lectura es siempre un trabajo para él, que le ofrece inconvenientes á cada paso, y nunca el placer que aquella proporciona cuando las dificultades se hallan vencidas. Además, si ha de obtenerse soltura para leer, como se obtiene leyendo lo que está proporcionado á un razonable esfuerzo por parte del lector, difícilmente puede alcanzarse esta cualidad con

el uso de libros tan defectuosos. Los de la escuela deben reconocer mayor número de grados de progreso que los que los actualmente usados reconocen, y ofrecer más material de lectura en cada grado. Mientras tanto, el maestro debe acomodarse á los existentes, combinándolos de la mejor manera que le sea posible. 2°. Las materias de los libros de lectura son, con frecuencia, mal juzgadas respecto al progreso en aquélla. Los asuntos de naturaleza técnica científica no son, por lo general, bien leídos, porque rara vez inspiran interés. Está muy en lo posible hacer libros de lectura que contengan instrucción suficiente para los niños, en un estilo bastante atractivo para crear en ellos el gusto por aquélla.

Con el objeto de auxiliar la práctica, y por consiguiente, promover el gusto y la facilidad en este arte, las escuelas deben procurar tener una pequeña, pero convenientemente escogida biblioteca, con una colección de libros para los alumnos mayores, de asuntos de general interés. Aquéllos los leerán indudablemente, si el maestro se toma el trabajo de demostrarles que esto le complace, no por medio de un formal examen, sino con afectuosas preguntas ocasionales acerca de lo que hayan leído. Por este camino, la escuela puede adelantar en la formación del hábito de leer, en los alumnos mayores, lo que contribuirá mucho á promover su general inteligencia.

**144. Aprender de memoria.**—La práctica de aprender de memoria algunos pasajes, y recitarlos en la clase, posee grandes ventajas, dado que esto ha de hacerse con inteligencia, y no de una manera mecánica. Dichas ventajas son las siguientes: 1°. Fortalecer la facultad de la memoria, lo cual se ha descuidado de un modo lamentable desde que la educación ha tomado el nombre

de intelectual. 2°. Proveer la mente con ideas materiales é imágenes elegantes, lo que, después del hábito del más fácil y bien modulado lenguaje, constituye la mayor necesidad para los niños de las clases bajas, durante el período de su asistencia á la escuela. 3°. Adelantar el poder de composición ó arreglo de las ideas. Y 4°. Refiriéndonos especialmente á la cuestión que nos ocupa, mejora el estilo en la lectura, por el cuidado que aquéllos ponen en dar efecto á su elocución en semejante ejercicio, y por el acierto con que se fija la atención del maestro en aquellas cualidades de elocución.

**145. Importancia de leer bien.**—La gran importancia práctica de este ramo de la instrucción de la escuela, justifica nuestra insistencia en recomendar su atención en mayor grado de la que generalmente se le dedica por el maestro. Es el medio por el cual los alumnos se han de instruir á sí mismos cuando, con el transcurso del tiempo, ocupen el lugar que les corresponda en la sociedad. El niño que está en aptitud de hacer uso de este recurso, y que ha sido enseñado en la escuela á sentir placer en usarlo, no lo abandonará en adelante. Por medio de él mantendrá viva su inteligencia, y en contacto con los asuntos corrientes de su época. Para ello es preciso que sea capaz de leer con alguna facilidad, con lo cual continuará en su práctica, pues todos nos complacemos en ejecutar aquello que sabemos hacer bien, mientras que, de lo contrario, la abandonará, pues nadie halla placer en practicar lo que sólo puede hacer imperfectamente y con dificultad.

Forme, pues, el maestro un tipo de adelantamiento á que sus discípulos puedan aspirar, en armonía con su capacidad, guardándose de aspirar á que adquieran una afectada delicadeza de acento, que el buen sentido le dicte no es posible conseguir, dadas las circunstancias de

la localidad, ó un grado de refinamiento en la expresión, que suponga una más elevada general cultura que la que nunca han de llegar á alcanzar ; y si atiende á usar con cuidado, armonía y fe los medios que se hallan á su disposición, no obstante el escaso tiempo de asistencia de sus discípulos á la escuela, logrará despedirse de ellos habiéndolos dotado del conocimiento del arte de leer, que apreciarán sinceramente á través de sus futuras ocupaciones en la vida.

## CAPÍTULO II.

### ESCRITURA.

146. Elementos de una buena escritura.—Las cualidades distintivas de una buena escritura son tres : claridad, belleza y rapidez. Los elementos de las letras, de cuya formación dependen aquellas cualidades, pueden considerarse los siguientes : inclinación, altura, anchura, curvatura, y modo de unirlos.

Para la *claridad* deben tenerse en cuenta las observaciones que siguen :

1°. La letra redonda es más sencilla que la angular, y, por consiguiente, aquella es la que debe enseñarse en las escuelas.

2°. Los caracteres rectos son más legibles que los inclinados.

3°. La claridad requiere sencillez en los contornos y rasgos. Los adornos son buenos para la escritura ornamental, ó caligrafía, cuya enseñanza no corresponde á la escuela elemental.

4°. Es también requisito de la claridad cierta proporción entre el alto, el ancho y el grueso de las letras.

5°. Las *letras* deben estar adecuadamente unidas, y las *palabras* adecuadamente separadas. Todos los caracteres que lo admitan deben ser formados con un continuo movimiento de la mano.

La *belleza* de la forma debe suponer claridad, pues